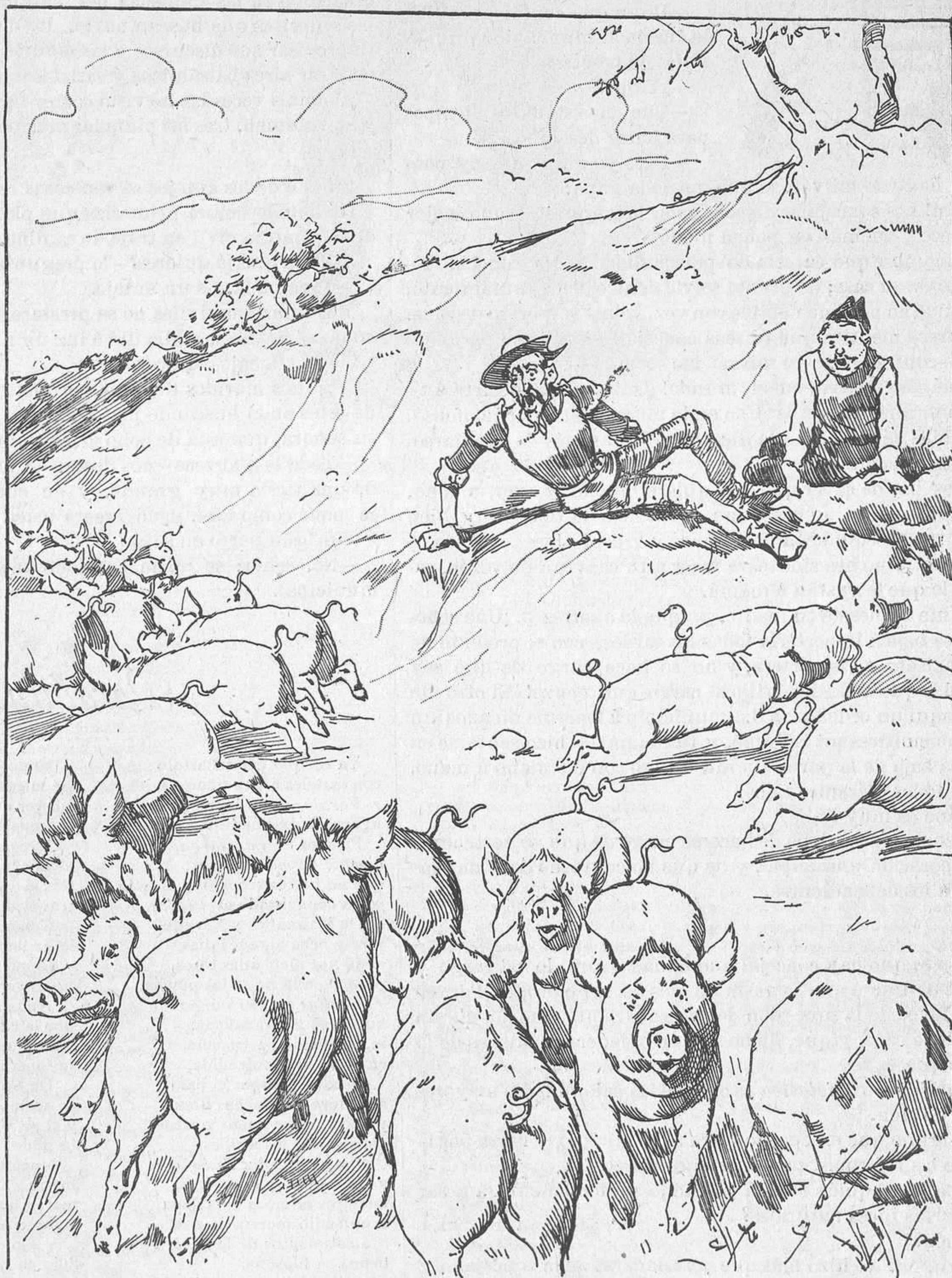




Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

España y los Estados Unidos.



— «Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.»

Don Quijote de la Mancha.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—«Varalarga», por Eduardo Bustillo.—Valiente obsequio!, por Juan Pérez Zúñiga.—El placer del trabajo, por Luis de Ansorena.—Carta abierta, por José Jackson Ve-yán.—Flor de pícaros, por J. Zahonero.—Degeneración, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: España y los Estados Unidos, por Cilla.—Loreto Prado (de fotografía).—Do, re, mi, fa... (ocho viñetas).—Flor de pícaros (cuatro viñetas).—Ramón Rossell, por Cilla.



—¿Habrá este año procesión?— preguntamos á un concejal.

—¡Anda, anda! ¡Ya lo creo!

—Dicen que la tal procesión le cuesta al municipio algunos miles de pesetas.

—¿Y qué?

—Que no están los tiempos para hacer desembolsos.

—Pues yo digo que soy concejal y hago de mi voto lo que me da la gana.

—¡Ay, sí! Los concejales disponen del presupuesto como mejor les parece y además «se ponen moños».

Hay hombre que carecía de personalidad y era conocido solamente en su casa; de pronto se vió dentro del ayuntamiento, convertido en persona notable con voz, voto y sombrero de copa.

—¡Parece mentira que tú seas concejal!—le dijo su parienta.

—Sí—contestó él,—yo mismo me sorprendo.

—¿Qué cosas pasan en el mundo! ¿Quién iba á decirte á ti, cuando tocabas el bombardino en la murga del señor Ildefonso, que habías de sentarte á la diestra del marqués de Montarco, en calidad de edil?

—Pues has de saber que me quiere mucho, y ayer mismo, cuando estuve en su casa, que por cierto la tiene muy bien puesta, me obsequió con polvorones y vino de Jerez.

—¡Claro! Y no has sido para traer á tu casa un polvorón, sabiendo lo que le gustan á mamá.

—No me hables de tu madre, porque la aborrezco. ¡Una señora que se baja á la portería todas las tardes, con el pretexto de que es paisana de la portera, y no se hace cargo de que soy concejal y que debe dar brillo al cargo que ejerzo! El otro día estuvo aquí un ordenanza del municipio á traerme un adoquín para que emitiese mi informe, y tu mamá le hizo sentarse en una silla baja de la portera y allí estuvo con él, mano á mano, como si todos fuéramos unos.

—Mamá es muy llana.

—Bueno, sí; pero debe de hacerse cargo de que yo pertenezco á la corporación municipal, y de que no conviene dar manualidades á los dependientes.

* * *

El caso es que hay concejal que toma en serio lo del cargo y cree que el dinero que se gasta de más es suyo propio. Por eso vota en favor de la procesión del Viernes Santo, que nos cuesta un ojo de la cara, y que, dicho sea sin ofender á nadie, es de lo peorcito que se ve.

El concejal con *iniciativa* es otra de las calamidades mayores que nos afligen.

Hay alguno que en cuanto llega al municipio se lanza por la senda de las reformas, para que digamos todos:

—¿Sabe usted quién se está portando perfectamente, á pesar de sus cortas luces naturales?

—¿Quién?

—Verrugón. No hizo más que posesionarse de la concejalía y dispuso que los barrenderos usen sobrepelliz y escarapela verde en la espalda.

Á consecuencia del afán reformador que inflama á algunos

ediles, todos los días vemos las calles llenas de obreros que levantan adoquines y los vuelven á poner donde estaban, y cada vez los colocan peor.

Al dios Neptuno nos lo trasladan de residencia, y aparte de esto, se nos va á abrir una vía no sabemos dónde.

—Esta última noticia ha alarmado á mucha gente, porque á nadie le gusta que vengan los albañiles con la piqueta á destrozarle el domicilio.

Dada la actividad de los concejales, debemos estar prevenidos por lo que pueda ocurrir.

No tendría gracia alguna que mañana viniera á decirnos la chica:

—Señorito, levántese usted y arrótese.

—¿Qué ocurre?

—Están ahí unos hombres mal encarados, que vienen á demolernos por orden del ayuntamiento.

* * *

Poco á poco ha ido achicándose el Jardín del Retiro y perdiendo arbolado, con lo cual se perjudica grandemente al pueblo de Madrid.

La mayor parte de los niños madrileños han adquirido su desarrollo en las alamedas del Parque. Allí acuden, además, las señoritas que buscan novio, los diputados que tienen que improvisar sus discursos y las señoras embarazadas que desean respirar aires balsámicos y satisfacer antojos.

¡Cuántas veces las he visto correr ligeras, á pesar de su peso y su volumen, tras las pintadas mariposillas!...

* * *

En esto de los antojos se ven cosas muy extrañas.

Ha habido señora primeriza que pidió á su esposo una pareja de la guardia civil en traje de camino.

—¿Para qué la quieres?—le preguntaba el cónyuge infeliz.

—Para nada. Es un antojo.

Los guardias civiles no se prestaron al deseo de la señora, como es natural, y ella dió á luz un niño azul turquí con un tricorno debajo del brazo.

Algunos maridos llegan á ser víctimas de los antojos. Uno de éstos anda buscando platos extravagantes para satisfacer á su señora, que está de ocho meses y medio.

—Todo lo aborrece—nos decía.—Á los garbanzos les ha cogido una tirria muy grande, y en cuanto ve el hígado frito se pone como loca. ¿Qué creerá usted que me ha pedido ayer?

—¿Algún perro en salsa?

—No, señor; se le ha antojado una ensalada de cabellos de municipal.

Luis Taboada.

*

„Varalarga.“

Ya rompió plaza Bartolo con carteles á tres tintas, y *Varalarga* no logra figurar en las cuadrillas.

Picador es *Varalarga*, cesante de *mona* y pica, que no ha convencido al *Bomba* ni ha conquistado al *Villita*.

De *Mazzantini* y *Reverte* vive y bebe algunos días, si no por pincharles toros, porque en la bolsa los pincha.

El *alias* es *Varalarga* que ganó en Andalucía; se lo aplicó una trianera, en varas muy entendida, viéndole alargar el palo á un toro de muchas libras, y hacer, entre cuero y carne, vainas para las astillas.

Por ser picador de *bajos* ganóse Juan la gran silba; mientras la moza de Triana le aplaudió muerta de risa.

Los aplausos de la *jembra* tienen su filosofía; que no se halla un *varilargo* en cualquier hombre que pica.

Éralo Juan con los toros de miedo que les tenía, sin ver que el que en corto agarra, si empuja, para caídas.

Desgarrón ó *marronazo* el miedo de Juan castigan; tras el *marronazo*, el golpe, tras el desgarrón, la grita.

Cesante de pica y *mona* le he llamado más arriba, y, lo que es de lo segundo, no es verdad, si bien se mira.

Anda como con el hierro por la calle de Sevilla, y siempre su andar denuncia la toma de alguna *pitima*.

De esas *monas* con *jindama* se acompaña en las corridas, y el *peleón* con que monta lo mide con las costillas.

Mucho es su miedo á los toros; mas no hay en la corte y villa matón que se lo eche en cara sin que se lo pague en riña.

Y eso es *Varalarga* siempre: flojo en *tientas*, fuerte en *tintas*, ante los hombres un bravo y ante los toros un *lila*.

Eduardo Bustillo

VALIENTE OBSEQUIO!

LORETO PRADO

Desde la estación del Norte por teléfono llamaron á casa, para decirme que un bulto había llegado para mí, de Calasparra, en el tren... yo no sé cuántos. Y yo me dije: — ¡Demontre! ¿Me mandan un bulto? ¡Bravo! ¿Y qué será? Tal vez cosa de comer. Pues por si acaso se echa á perder, ahora mismo voy, lo cojo y me lo traigo.

Dicho y hecho: tomé un coche, vi en la estación que era un cántaro de leche el bulto que había para mí depositado, y me agradó el tal obsequio, por más que seguí ignorando quién me lo hacía. Al instante, para evitar los estragos del tiempo, ordené á un buen mozo de la estación, jorobado por cierto, que condujera el cantarito en sus brazos á casa. De modo que antes de abrirle yo había dado ya ocho reales al cochero y al mozo de cuerda cuatro.

Llegó á casa el cantarito. Le destapé con cuidado. Le faltaba la mitad de la leche. Siete vasos llené, me bebí un cuartillo y con el resto acabaron mi señora, mis criadas, mis chiquillos y mi gato. Unos la tomaron sola, otros en ella mojaron un cuerno (de pan se entiende) y otros lamieron el vaso por detrás y por delante, por arriba y por abajo, bendiciendo al misterioso autor del obsequio lácteo.

Pero en el mundo no hay dicha completa. Después de un rato de crecientes amarguras digestivas, confesaron cuantos bebieron la leche que observaban en los antros

En la zarzuela *Un punto filipino*.

del vientre serios conflictos, cual si anduvieran á palos unas con otras las vísceras; algo así como si al bazo le dieran de bofetadas los intestinos delgados.

Sufrieron bascas, dolores, calambres, fiebre y colapsos desde doña Nicolapsa, mi esposa, hasta Vespasiano, que es el minino; y excuso decir que yo de rechazo sufrí una cuenta del médico, que fué más bien el disparo de un maüsser, por más que juro que no le he de dar un cuarto.

¡Ah! Me exigía el donante que devolviera el cacharro, y el pretender devolverlo, su extravío inesperado y las mil reclamaciones que hubo que hacer, me costaron más que lo que valen todos los criaderos de cántaros de leche que han existido desde Adán hasta Moncayo. Pues bien, después de seis días de conjeturas y cálculos, supe quién era el donante: Pepe Suero, un mentecato que me debe mil pesetas hace ya más de mil años, y para que no me enfade me manda en un receptáculo leche que es propiedad suya por serlo de su ganado. Y dice en su carta que era pura la leche. ¡Canario! ¡Pues si llega á ser impura, cualquiera puede contarlo! Total: el de Calasparra tan satisfecho y tan ancho con su envío. Mi familia desvencijada. Gastados por mí treinta y cinco duros, y yo con los malos ratos del cólico, que me carga porque distrae demasiado, y los cólicos debieran ser sólo para los vagos, no para los que tenemos que vivir de otros trabajos.

Juan Pérez Zúñiga.

EL PLACER DEL TRABAJO

I

En la cartera de su padre muerto halló un papel Juan López que decía: «Fruto de mi paciente economía, dejo un tesoro que enterré en el huerto. Búscales, Juan, y le hallarás sin duda si á tu deseo la constancia ayuda; disfrútale después en santa calma, y aplica parte de él para mi alma». Quedóse Juan perplejo pensando en dónde lo enterrara el viejo; problema complicado, porque el lugar en el papel citado era de gran cabida... y Juan un perezoso empecatado que en comer y en dormir pasa la vida.

II

Pudo tanto el afán de la riqueza que sacudió Juan López su pereza y, obedeciendo el paternal aviso, empezó en el instante su trabajo, resuelto á remover, si era preciso, el huerto todo desde arriba abajo. Y, con lluvia ó con sol, desde aquel día no cesó en la rudísima tarea, que su tiempo, antes triste, entretenía... No consigue, es verdad, lo que desea y cava y cava con ardor creciente, sin hallar ni la huella del tesoro, pensando al terminar que al día siguiente tal vez nadara en oro. Con ansia espera que en el cielo alumbre el sol, para seguir en su faena, y en fin, la actividad, que le dió pena, ahora le es necesaria por costumbre.

III

¿Encontró, al cabo, Juan lo que quería?... Lo encontró... Pero el día en que se vió de la fortuna dueño, en vez de la alegría

que hace sentir la realidad de un sueño, soltando el azadón de mala gana, inclinó sobre el pecho la cabeza, y dijo con tristeza:

— Bueno... ya lo encontré... «¿Qué hago mañana?»

Luis de Ansorena.

★
Carta abierta.

«Á don Federico Ortiz: Carta encontrada, ó perdida, de un elector infeliz que no metió la nariz en política en su vida.

Mi querido presidente: ¿Tú diputado incipiente?... ¿Un honrado comerciante y un primer contribuyente?... Permíteme que me espante.

¿Tú metido en ese trato de voluntades mezquinas que venden *sobre barato*?... ¿Tú pegado en las esquinas como cualquier candidato?

¿Tú metido en ese lío? ¡El pensarlo me da frío! ¿*Todo un Federico Ortiz* convertido en *aprendiz de gobernador*?... ¡Dios mío!

¡Un hombre rico y de peso pasarse la vida entera trabajando para eso! ¡Para entrar en el Congreso como un *Piave* cualquiera!

¿Te figuras, desdichado, que allí escuchan al que aboga por lo que es justo y honrado?... ¡Callal! ¡No nombres la sogá en la casa del ahorcado!

En los periódicos leo tu nombre, y aún no lo creo.

¡Huye de la justa crítica! ¡No te metas en política, que ése es un vicio muy feo! Eres valiente y buen chico, y á fuer de asturiano, noble, y que te larguen *un mico*, ¡mi alma! me disgusta doble: ¡non mi presta, Federico!

Yo sé que no hay quien te tosa, y, con franqueza pasmosa, sin perfiles ni misterio, dirás allí cada cosa que temblará el ministerio.

Pero tengo una opinión que te quiero declarar. Yo dudo que en la elección consiga al cabo triunfar un hombre de corazón.

Acuérdate del *Marqués* y las *denuncias* de peso, y las *juntas* de interés, y al fin y al cabo, ya ves en lo que quedó el proceso.

¡Yo te saludo y te abrazo, aunque me da en la nariz que está ya dispuesto el lazo, y les dan *un pucherazo* á *Cabriñana* y á *Ortiz*!

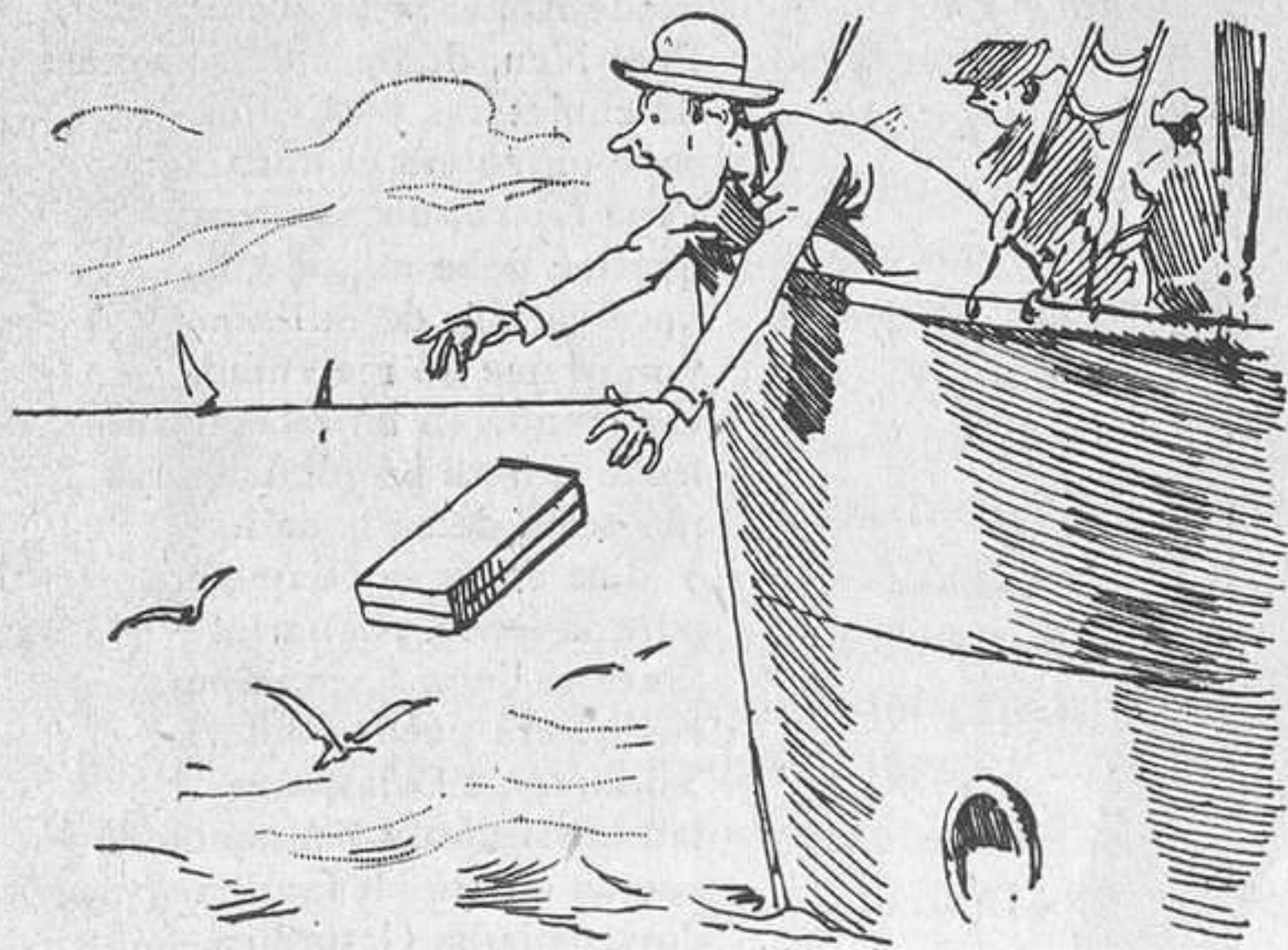
Por la copia,

José Jackson Veyán.

DO, RE, MI, FA...



Se embarcó don Fulano de Tal, víctima de una afección gastro-intestinal crónica, que no le dejaba punto de sosiego.



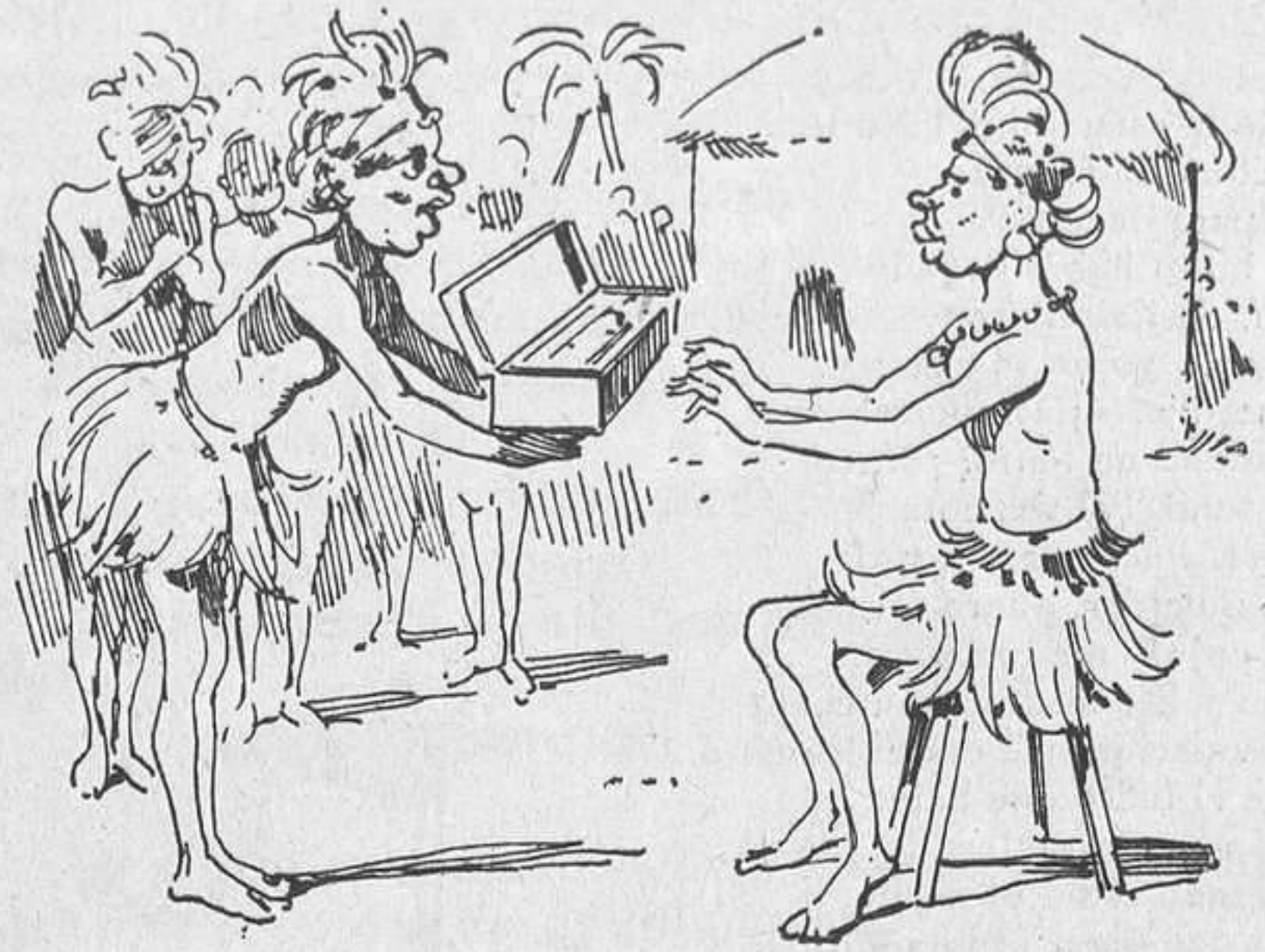
Y á los pocos días, por una distracción, se le cayó al mar una cajita de que no podía separarse nunca,



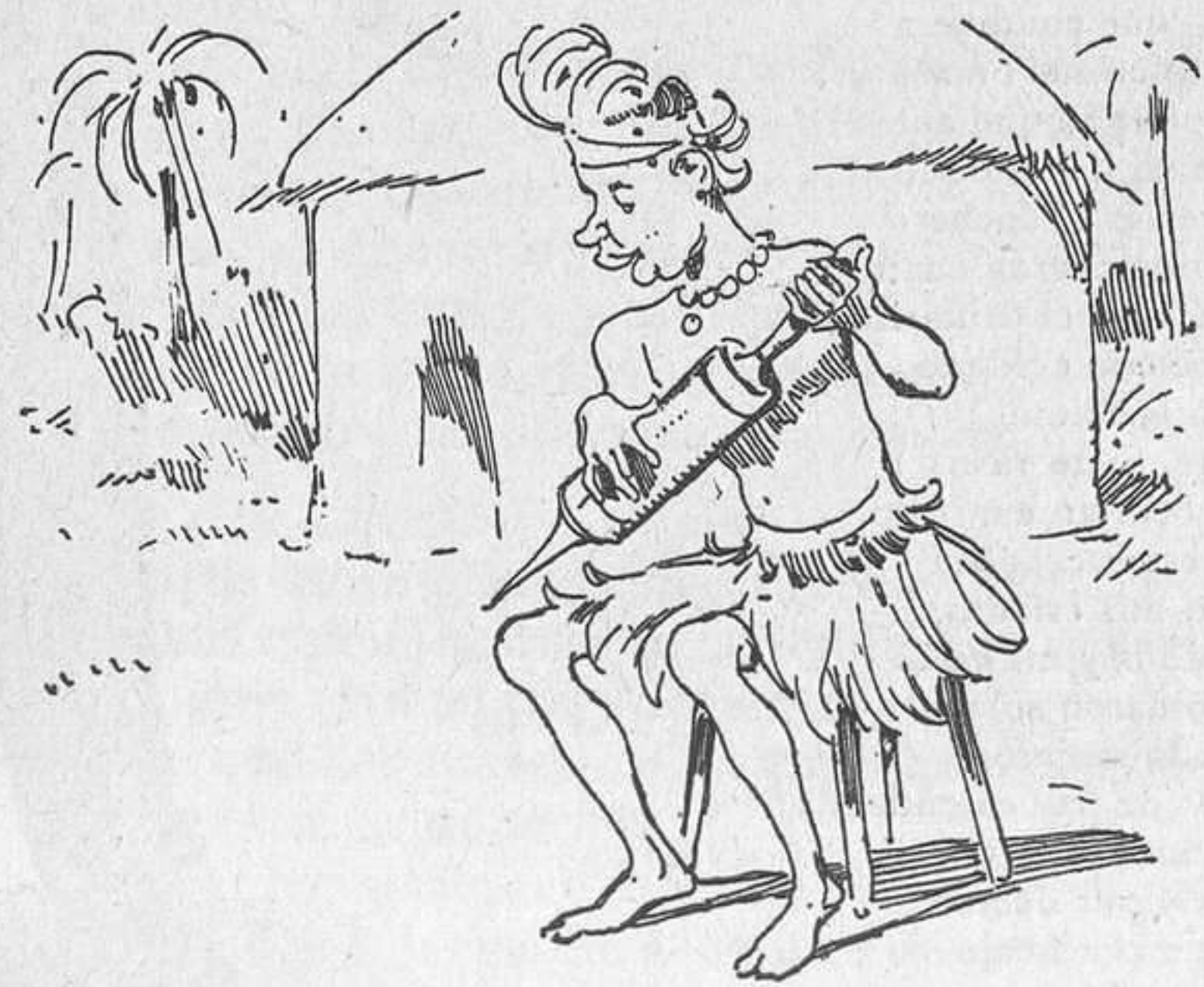
por lo cual tuvo que pasar la pena negra durante el resto de la travesía.



La cajita, entretanto, arribó felizmente á una [playa, donde la recogió el Ciudadano adjunto.



que, como es natural, se apresuró á [presentarla al jefe] de la tribu.



Éste examinó atentamente lo que contenía, y después de muchas cavilaciones, vino á averiguar que se trataba de un instrumento músico; pero... no podía adivinar cómo se tocaba.



Hasta que tuvo una feliz inspiración...



Y hé aquí los resultados.



Flor de pícaros.

I

—Quiénes son los mayores pícaros en estos tiempos, yo lo diré — me contestó el señor Juan, ya viejo que había corrido por muchas aventuras.

—¿No te gustan las vidas de pícaros que te he leído?

—Pues si á ellas atendemos, es decir, á lo que en esos libros se refiere de esos aventureros, nacidos de nada, y con buen ánimo y muy avispados para hacer sus caminos, ¡por las barbas del maestro Salillas, gran apologista de Mateo Alemán! pícaro yo, que por pícaro me soy y tengo — replicó el señor Juan, tomando un poco del decir franco y donairoso de las historias picarescas. — Pícaro sin sonrojo en el rostro, y ya también, por benignidad de los tiempos supresores del azote y disciplinas, sin sonrojos del tafanario, antes por satisfacción del ánimo y honra mucha; y si no, *óyame*.

—Mira si eres pícaro, que casi hablas como los de antaño — exclamé yo á buen reir, y con esto empezó su historia.

—Nací en un lugar que llaman Carbejos, y que está donde yo le dejé. Padre, con serlo y además herrero de oficio, quiso que yo herrase; mas hícelo, y he seguido haciéndolo toda la vida, sin el lujo de la h; pero en tropiezos y torpezas innumerables.

Hablaría de mis padres si no temiese que con esta ocasión andarían por escrito por lo que anduvieron en lenguas, y para cumplir el cuarto mandamiento váleme callar.

Alrededor de la hogaza casera, cuando la había, éramos ocho, ocho cucharas atacando como bravos hombres el sartén de migas, la olla y la cazuela de sopas. Cada un día de la semana tocábanos á uno de los ocho ratoncillos un torrezno y aun roíamos los huesos del estofado si padre no los mondaba como dejándolos pulidos y relucientes.



Con ser muchos los animales en Carbejos, pocos eran los que calzaban el coturno de la herradura, y *asina* se nos hacía dificultosa la pitanza, á pesar de los engaños del emberzado y de los muchos cebolinos y ajos, que *ajados* estábamos ya en flor.

Uno de los hermanos era el fuellero de padre; á otro presto le hicieron rey de la para vecinal, y sacióse de bellota; una

hermana ayudó á madre á remendar, y para otros oficios es perábase no más tuviese la mocica naturaleza, si no por honra, para provecho; los otros hermanitos eran como cachorrillos, hambonzuelos y cegatos de tontuna y rusticidad.

Yo era rubiete y, según *comparanza* de muchos, como mi padrino tío Vicente, confitero y cerero de Villacastín; hubiérase dicho que éste me había fabricado de leche batida, por lo blanco que me era y soy, y de huevos hilados, niño de confitura, para conmigo hacer un regalo á su compadre, á quien tío Vicente, por mucha amistad, hubiera dado los cuernos de la luna.

—¡Qué bigardonazo es el muchacho! — dijo un día mi madre, al saber que yo, siguiendo el natural de mi madre, había hecho novillos á mi modo, como ella á su manera. — Déjense de escuela para éste y mandarle á servir con el señor Vicente, que allí aprenderá el oficio.

No creo que hiciese esto madre sino por el mucho bien para mí, porque mi golosina se despertó ante un oficio de tanto de leite, para el cual me sentía llamado por vocación y bocación, y presto estuve en la portentosa fábrica de municiones de bateos y de bodas y en el arsenal de cirios para novenas, misa cantada, monjías y entierros.

Fué el caso que, más que á darme golosinas, fuí á servir de golosina, como presto se dirá.

Tenía el tío Vicente, entre otras empalagosas conservas de calabazas, membrillos y peros, una hermana apetedora de gusto nunca hasta que yo fuí cumplido, y ésta exclamó al verme, retozándole en el cuerpo la por tantos años oprimida curiosidad:

—¡Mira el angelico! Parece un niño de fanal, trasparente como la cera, rizado ya como una velica... Es unas glorias.

Y dicho esto, antes aprendí oficio que callo que el amasar en la artesa, el batir en el perol, revolver almíbares, hornar rosquillas y hacer muñequitos de almidón.

Quedé empalagado de rancio por desayuno de mi ya infortunada mocedad, y atrapando una arquetilla, que llena de monedas tenía la beata maestra cuarentañona, únicas vejeces de ella que fueron de mi agrado, tomé una noche camino de la corte, y casi ya á la mitad del puerto hallé un mocico, de poca más edad que yo, pero menos animoso, aunque por sus ribetes de malicia y sus disimulos de cazurro, había que juzgarle por un muy experto pícaro.

—A buscármelas voy; ¿y tú, dónde bueno?

—Á que me las busquen la misericordia ajena, la ajena cre-

dulidad y el afán de otros, que no el mío—me replicó el muy solapado, riendo como fraile bajo borde de capucha.

Lo cierto fué ¡rabia en mí! que en un mesón de Navalperal, dimos con unos que se decían caballeros de Madrid, que habían salido de la corte á solazarse unos días en el campo y eran, por verdad, no lo que parecían, sino hidalgos de baraja, personajes del naípe que con aquella pusieron red á las moneditas de la confitera, y por negra suerte mía dejáronme sin amarillas ni blancas... y tan sólo con unos verduzcos cuartos cobreños donde ya estaba borrosa, por tanto manoseo, la sombra del rey.

Me arrancaba furioso los pelos, y me di de manotadas y pateando con rabia maldecía de mí cuando, uno de los gariteros que á hacer mayores había salido de la posada, vino hacia mí y mi dijo:

—No se apene, *chicuco* (en lo cual, si antes por las mañanas no lo hubiera entendido, comprendí que era montañés, castellano viejo renegado), que esto le enseñará; le daríamos sus dineros, que mire lo que nos ha de importar esa *bicoca*, si no quisiéramos que le sirviera de escarmiento.



Hutiera querido que, ya recibida la lección, me devolviesen el dinero, con lo cual habríanme hecho dos mercedes; pero no lo entendieron así, y lleno de tristeza, royendo un mendrugo, volví á mi camino y pronto se me juntó mi compañero.

—Ande, no se apene, que de hambre no moriremos. Tú puedes entrar de lacayo en casa grande... Entre tanto aquí hay dineros, que como voy recomendado por un escribano de mi aldea de Asturias á otro muy poderoso de Madrid, he sabido sacar muy bonitamente parte de lo que te robaron y que tú robaste á la confitera. Y como me llamo Cipriano que ya no te morirás de hambre en Madrid durante el tiempo que tardes en hallar acomodo, que no será mucho esperar, pues harás un buen lacayo de casa rica.

Esto me dijo, y con rumbo aparente me dió unas cuantas pesetas, quedándose él con un buen bolsón.

Viéneme á la memoria que cuando yo, olvidando prestamente mis penas, empecé á cantar, él me dijo:

—Así no se hace fortuna, sino que se logra con paciencia y silencio. Necesario es que no le sientan á uno el ruido de las pisadas aunque lleve el pie descalzo.

II

Ya en Madrid, á la mañana siguiente se despidió de mí Cipriano, diciéndome que iba á hacerse curial, pero sin darme noticias de dónde habría de verle, y para mí desde entonces pasó, hasta años después, como si la tierra se lo hubiera tragado. ¡Sanguijuela que se hundió en el barro!

En racimo daré cuenta de los agrios años de mi vida. Fui comparsa del teatro, colillero, demandadero; híceme luego truhán de las calles; senté plaza de lacayo de una vieja marquesa, que al fin me despidió, dejándome para mucho tiempo enjuto de frescuras.

Hallé muchos modos secretos de llenar con regalo el ovillo de mis tripas; pasé por las artes de la hampa fingiendo á maravilla cojeras, manqueras, perlesías, llagas, bubas, ceguedad, tartamudeces y mudeces; por grado llegué á la reventa, culti-

vé con maña el timo y la trapazonada, ascendí á muñidor de enredos del matute; no me faltó, entre astucias y rapiñas, plato, copa y cigarro, hasta que, al cabo de servicios muchos y fama fundada, di en gancho.



Hacíame encontradizo y detenía en la calle al más pintado, exclamando con más donaire que un buen cómico:

—¿Qué veo? ¿Usted por aquí? No esperaba encontrármelo, y eso que he procurado ver si alguien me daba noticias suyas... ¡Qué si no pasan años por usted!

—No caigo en quién puede usted ser, señor mío—solía responderme el incauto.

Mas luego, con charla y listeza, le hacía yo caer en el boquete mismo de la trampa, como en el hoyo de una hormiga león, y era descuartizado en nuestro garito.

¡Quién como yo! De gancho pasé á gancho fullero, levantador de muertos y preclarísimo ingeniero de estafas, muy gozoso y satisfecho. Así lo estuve hasta que cierto día tropecé de manos á boca con Cipriano.

Por él sí que no habían pasado los años sino para dejarle mejores y más saludables carnes; no iba vestido como yo; pero, con todo, quizás se hallaba en buen empleo para no morir de hambre.

Pobrete curial, voy á hacer como que no le conozco y á engancharlo para nuestro garito; hícelo, y él no pudo, á lo que creí, reconocermelo, y entre temeroso y sorprendido dejó conducir al Casino de los madrileños... Mas cuál no fué mi sorpresa al ver que uno de los empleados *goznes* me dijo con sumo enojo:

—Al diablo contigo y á quién te traes por aquí, sin darnos aviso de ello.

Echeme á reír pensando que lo decían por mofa... ¡Sí mofa, cuando todo fueron atenciones, reverencias y avasallamiento ante Cipriano!

—¿Le conocías?

—¡Es el amo! D. Cipriano Zarandaja Camánduls, hombre de importancia, señor feudal de matutes, garitos chamizos, copetes, chanchulleros, préstamos, contratos públicos y hasta enredos políticos... Por lo demás, hombre pacífico, oscuro, modesto... y con mucho poder. Nadie le ha visto hasta hoy...

¿El me conoció? Lo ignoro; pienso que sí. Era silencioso y absorbente como el pulpo.

Estos, como el tal, éstos sí que en nuestros tiempos son la flor de los pícaros—exclamó Juan.

J. Zahonero.

¿Degeneración?

Será tontuna, pero juro á Cristo que tengo el alma inquieta desde que ayer he visto un torero montado en bicicleta.

Los devotos del suave pedaleo me habrán de perdonar, pero yo creo que su afición, honesta y extendida, debe de estar reñida

con el arte sublime del toreo.

El hombre que resiste
el intrépido empuje
de la fiera que embiste
y con coraje y con soberbia muge,
no hace buena figura
en tal cabalgadura.

Está bien en un potro noble y fiero,
suelta la crin, fogoso, jadeante,
no en la máquina fina y elegante
de varilla de acero.

Hay algo en ese chisme delicado
de la época presente,
demasiado *afinada*, y demasiado
comodona, anodina y decadente.
Y hay mucho en la manera
de matar á la fiera
de aquella edad pasada,
menos civilizada,
pero algo más viril y más entera.
¡Y vuelvo á repetir que no deseo
que se llegue á ofender por un instante
la sociedad brillante,
devota del *record* y el pedaleol

Pero á mí me parecen *más soldados*
los que hacían la guerra
corriendo sobre potros mal domados
á devastar la tierra,
comían carne cruda solamente
y se daban hachazos frente á frente
que los que llevan ¡ay! en la mochila
bicarbonato de magnesia y tila.

Este es el fundamento
de querer que la gente de coleta
tenga el convencimiento
de que no la está bien la bicicleta.

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS.

Todos estos días habrán ustedes tenido ocasión de leer en los partes oficiales de Cuba que Maceo, activamente perseguido, está á punto de ser copado.

¡Ojalá resultara cierto! Pero conste que no nos sirve de nada la experiencia.

Y que va á haber que cambiar el conocido refrán del modo siguiente:
«Poquito á poco, hila la vieja el copo... de Maceo.»

¡Pues no digamos nada de los caballos que todos los días caen en poder de nuestras columnas!

Si alguien hubiera tenido la paciencia suficiente para llevar la cuenta, se habría averiguado que á estas horas, desde que empezó la campaña, hemos quitado á los insurrectos más de treinta mil cabalgaduras.

Y yo no sé cómo se criarán los caballos en la Perla de las Antillas, pero se deben parecer á los gatos de la Metrópoli, que todos los meses tira uno á la calle media docena y siempre tiene la casa llena de gatos.

Menos mal que Cuba estará llamada á desaparecer, pero lo que es la poesía española, ¡un cuerno!

Porque Carulla ha dedicado á la Sra. Tubau, en la función de su beneficio, un ejemplar de la *Divina Comedia* traducida por él.

Y no se ha contentado con eso ¡qué más hubiera querido la Tubau! sino que al regalo ha acompañado el correspondiente soneto, que... no hay más que pedir.

El cual acaba de la siguiente lastimosa manera:

«Recibe el pobre don del vate triste
que admiró las bellezas soberanas
de cien obras que á conocer le diste.»

¡Caramba! pero ¿por qué es triste el pobre vate? Hasta ahora no sabíamos nada positivamente. Aquí, hasta ahora, no había más vates tristes, acreditados como tales, que el insigne crítico Balart y el difunto Güell y Renté! Pero se conoce que hay que añadir á D. José María Carulla.

«de cien obras que á conocer le diste.»

Yo no sé en qué consiste (¡anda, otro consonante! ¡si seré yo también vate triste sin saberlo!), pero ese verso no me suena bien del todo. ¿Será malo? ¡Ay!

Y termina:

«¡Cuántas comedias por demás humanas
trocáronse en divinas cuando hiciste
papel en ellas sin ficciones vanas.»

¡Ea! ahí tienen ustedes dos ripios para lo que gusten mandar. Porque hay que clasificar las comedias en cuatro géneros: no humanas, un poco humanas, humanas simplemente, y por demás humanas, que es en lo que no había caído ningún tratadista de retórica y poética.

Lo de hacer un papel en el teatro *sin ficciones vanas*, también es de órdago á la grande.

Porque á la misma Sra. Tubau, con todo su talento, le habrá resultado muy difícil.

Nuestros distinguidos colegas *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*, dirigiéndose el primero á las notabilidades artísticas y políticas y el segundo á las actrices, han emprendido y continúan, con gran satisfacción del público la meritoria tarea de dar á conocer, por medio de declaraciones íntimas los gustos aficiones, caracteres, etc., etc., de unos y otras.

Pero á esta labor le falta una coletilla, y nadie está en mejores condiciones para ponérsela que este humildísimo semanario. Porque el *Nuevo Mundo*, galante con las damas, á ellas solas concreta sus preguntas é investigaciones, y el *Blanco y Negro*, dada su importancia y seriedad dentro de la clase, tiene por fuerza muy limitado el círculo de acción.

Para completar la obra, añadiendo á las colecciones de ambos notabilísimos semanarios lo que en ellas ha de faltar irremisiblemente, es para lo que vamos á redactar nuestros formularios correspondientes, pero con una ligera reforma, y es que no hemos de caer en la tentación de remitirlos á los interesados para que los llenen; en primer lugar para no molestarlos, y en segundo porque el peor camino para conocer el pensamiento de una persona es preguntárselo á ella misma.

Llenaremos, pues, nosotros mismos las casillas, procurando interpretar fielmente los caracteres... pero sin molestar á nadie en lo más mínimo.

Y... adelante con los faroles.

DECLARACIONES ÍNTIMAS

Ramón Rossell.

¿De dónde es?—De tierra de Grasia, y creo que ya se ma conose.

Ojos.—Hundidos.

Nariz.—Griegua pura.

Medida del talle.—2,75.

Medida del pie.—1,20.

Voz.—Dulcísima, para servir á ustedes.

¿Qué año debutó?—¡Qué más quisiera yo que acordarme!

¿Qué tal la bicicleta?—Buena, muchas gracias, ¡y la familia de usted?

Obras que prefiere.—Las traducidas del francés, sobre todo si el traductor las da por originales.

¿Le gustan las flores?—García.

¿Qué opina del amor?—Que ya me va cargando hacer característicos, porque al final de todas las obras me dejan plantado las tiples ó las damitas juvenes, en Lara por Arana, en la Comedia por Thuiller y aquí, en la Zarzuela, ¡hasta por Navarro algunas veces!

¿Qué opina del vestido en escena?—Que la tela de colchón es preciosa.

¿Qué papeles le gustan más?—No sé. No he leído en mi vida ninguno.

Músicos favoritos.—¡Ahora? Caballero y Hermoso.

¿Qué opina de Kant?—Pero ¿se escribe así? Yo siempre he oído decir can can.

Cualidad que prefiere en el actor.—La de saber tropezar á tiempo.

Cualidad que prefiere en la actriz.—Idem idem idem.

¿Qué opina del estado actual del teatro?—No sé qué decirle á usted, porque cuando yo estaba en los Bufos, decían los críticos que aquello era el acabóse de la decadencia, y ahora me ponen como ejemplo del género cómico.

Rasgo principal de su carácter.—Exceso de confianza... en el apuntador.

Lo que quisiera ser.—Primera figura en el Teatro de la Comedia.

País en que desearía vivir.—San Feliú de Llobregat, San Feliú de Guixols ó San Gervasio de Casolas.

Color que prefiere.—El de los langostinos á la vinagreta.

Perfumes que prefiere.—Los de Barcelona.

Animal que prefiere.—El caballo blanco.

Su principal defecto.—Suspender el ensayo para preguntar al autor: «Diga usted, ¿y por qué salgo yo por la derecha?»

Ocupación que prefiere.—Asistir á la lectura de obras nuevas, para descabezar un sueñecico sin que nadie se entere.

Su sueño dorado.—El que me echo entonces.

Lo que constituiría su desgracia.—Que Pepe Moncayo dejara de pertenecer á la Compañía.

Héroes novelescos que más admira.—Barba Azul (chipé) y la Bella Elena (y olé).

Héroes que más admira en la vida real.—Yáñez y D. Cándido Lara.

Hecho histórico que más admira.—El estreno del *Palomo*.

¿Cómo quisiera morir?—Con el sueldo de los diez y ocho duros y el palquito principal adyacente.

¿Qué siente al presentarse en escena?—Deseos de saltar.



Mr. Morgan, nuestro distinguido y cariñoso amigo de allende los mares, ha vuelto á repetir la célebre frase de: «Ahí deposito mi espada; si quiere España, que venga á recogerla».

Lo cual parece heroico á primera vista, pero tiene la misma importancia que si yo, pongo por caso, en un ataque de ardor bélico, colocara mi cortaplumas sobre la mesa de despacho con altanero ademán y exclamara delante de mi familia:

—¡Aquí dejo esta arma homicida! Venga á levantarla el reino de Siam, si se atreve!

Hé aquí el texto del cablegrama, redactado por Castelar, que se ha dirigido á la colonia española de Méjico:

«Reunidos en fraternal banquete, saludamos á la colonia española de Méjico, como un modelo á que necesitan sujetarse las colonias nuestras de todo el Nuevo Mundo, para sostener las relaciones que deben existir entre la España de aquende y las Españas de allende los mares, quienes han menester, hijas y madre, la conservación de nuestra gloriosa bandera en Cuba, clave por la cual no pasarán ambiciones extrañas de sus límites presentes, y viviremos todos los españoles de ahí como de aquí en paz y libertad, colaborando á la civilización universal.»

¿Es bonito, verdad? Y tiene la ventaja de que obliga al lector á hacer grandísimos esfuerzos de imaginación para entenderlo. Lo de «clave por la cual no pasarán ambiciones extrañas» es un modelo de claridad, ó yo estoy tocando la vihuela.

Y luego se ve que aquí no nos duelen prendas ni nos importa un rábano tirar el dinero.

Porque eso mismo podía haberse dicho con cuatro palabras.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fray Cualquiera.—La idea del epigramita es muy vieja. Además, el llamarse uno *Villarnes* para consonantar con carnes me parece un ripio lamentable, con permiso de vuestra paternidad.

K. Nastos.—Un poco vulgares. Para los estudios que indica no necesita autorización de ninguna clase.

C. C. C.—No está bien escogido el asunto. Ninguna de las palabras que usted copia son consonantes, eso á la vista salta. Lo del *pianista* hace, efectivamente, el verso duro, pero es una licencia muy admitida.

Un corneta.—Las seguidillas no puede decirse que están mal, pero el sistema de incongruencias ha pasado de moda. Sólo pueden usarlo de tarde en tarde... los que tienen firma conocida y cargan con la responsabilidad de sus hechos.

Sr. D. A. G.—Es lástima que resulte un poquito cursi, pero ¡ay! si resulta. *Perico el de los palotes.*—¡Cristo padre! ¡qué ortografía! ¡Ni buscada con un candil de cuatro mecheros!

Wandertoroff.—Manoseadísimo el asunto. El verso «Hombre, te diré» parece que no tiene ocho sílabas.

Sr. D. M. A.—Válgame Dios, válgame Dios, tampoco puedo aprovechar ninguna de las dos.

K. R.—Los cantares son francamente candorosos. El soneto... no es tal soneto, porque los versos no consonantan *secundum artem*.

Sr. D. G. D.—Y digo del diálogo exactamente lo mismo que de los cantares de *K. R.* Es también de niño pequeño.

Cuchufleta.—¡Pues anda que eso! Debe usted haberlo escrito al volver de la fiesta del árbol.

Sr. D. S. B.—Demasiado serios, completísimamente serios.

Una del gremio.—¡Valiente guasona está usted, mi dulce y distinguida amiga!

P. L. M.—Calma, ánimo, paciencia y... adelante.

Gil Blas.—Crea usted que le complacería si pudiera, pero no encuentro nada aprovechable.

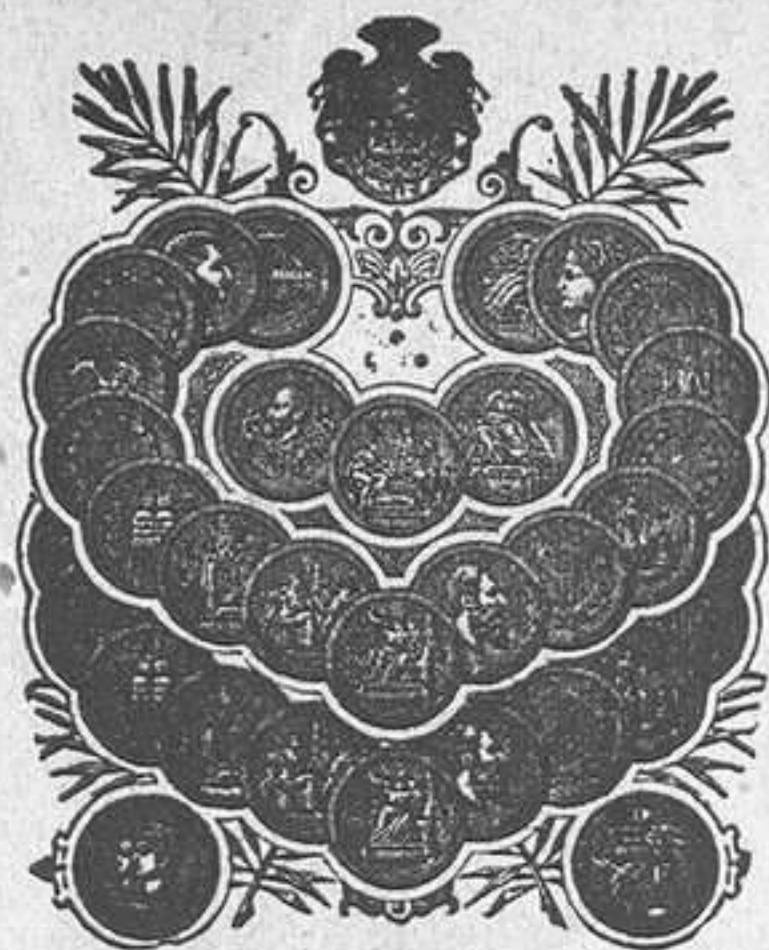
Chichones.—«¿Que es el mundo?

Una ilusión
que solo martirios causa
es como una contradanza
de la que no se halla el son.»

Esto no puede negarse que es una verdad como un templo. Pero más valiera decirlo en prosa, como han hecho otros.

Sr. D. A. M.—Es medianillo. Fíjese usted, además, en que al verso «la mucha luz que le falta á ella»

le falta una sílaba, y me quedo corto. Es decir, el que se queda corto es él.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA—HANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 26 dup.